

19 de Septiembre

Federico Alejandro Cruz Márquez



Capítulo 1

Ha pasado un año...

Claro... no es que tenga presente cada detalle vivido... pero con los recuerdos que aún quedan en mi cerebro, puedo armarte un pequeño relato.

Eran las siete de la mañana, me levanté con mucho esfuerzo; casi podía decir que odiaba mi trabajo.

Mi jefe me había regañado un el día anterior y no tenía ganas de verle la cara. Algo en mí me consolaba diciéndome: "Cuando escribas tu libro, si te vuelves famoso, podrías dejar de dedicarte a esto"; y otro pensamiento me relajaba aún más: "Puedes renunciar el día que sea, no estás atado".

Me vestí, desayuné y corrí hacia el "Tren Suburbano" esperando alcanzar un lugar.

En el camino vi pasar lentamente las estaciones del tren, y los rayos del sol matutino. La gente platicaba a mi alrededor, cada una quejándose de sus propios problemas, yo solo me decía a mí mismo que no podrían ser peores que los míos.

Al llegar a la oficina me encontré con el panorama de siempre: Gente de edad madura platicando acerca de sus hijos, la señora del aseo preparando el desayuno, algún compañero guardando sus tupperes con comida preparada por su madre, esposo o esposa. Todos eran, un montón de "godínez", resignados a sus labores.

Mi silla estaba espalda con espalda con la de mi jefe.

Apenas arribé a mi lugar, dos cosas me hicieron respirar tranquilo:

1. Mi jefe se había ido al "IMSS" (Instituto Mexicano del Seguro Social), a realizar unos trámites y se iba a tardar quien sabe cuanto.
2. Era día de simulacro conmemorativo al terremoto de 1985, lo que su vez significaba, perder media hora de trabajo. Podría ir a cotorrear con mis amigos durante el tiempo que nos tuvieran esperando en la banqueta.

Pasó mucho tiempo. Entre tecleo y tecleo veía discretamente el reloj, esperando la hora de la comida para correr al piso nueve y que no me ganaran un lugar en la mesa donde se sentaban a comer mis amigos.

A la hora del simulacro fui el único que bajó a cumplir con el "deber ciudadano" y a esperar en la acera a que la alarma se apagara... en este punto recuerdo que al regresar mi compañera Jannet me preguntó qué tan exitosa y ordenada habían resultado las maniobras de evacuación. Yo le contesté "Solo hubo trescientos muertos, nada de qué preocuparse".

Las doce cuarenta y cinco y mi jefe llegó. No podía odiarlo aunque me hubiera regañado el día anterior; estaba perfectamente consciente que él solo trataba de instruirme y hacerme crecer profesionalmente. Él no tenía la culpa de mis problemas personales.

Todo siguió transcurrió bajo la rutina normal hasta el momento en que mi silla empezó a dar brinquitos, mismos que se volvieron cada vez más fuertes.

Me asomé por encima del medio muro para mirar a mi compañera Jannet y entonces la alarma sísmica sonó otra vez.

Mucha gente corrió pero yo me quedé en el piso junto con mi jefe, mis compañeros: Ruth, Gabriel Corral, Jannet, Maribel, Gerardo Guillén y "doña" Eulalia; la señora del aseo.

Esa macabra alerta sísmica seguía sonando mientras el temblor cambiaba de trepidatorio a oscilatorio. Justo cuando acababan los brincos, empezaban los jaloneos.

Me pegué a la pared y a mi mente llegó el recuerdo de los comentarios que mis amigos arquitectos hacían del edificio: "Esta muy viejo" "Un temblor y se cae".

El terror se apoderó de mí, pero yo ya no podía hacer nada más que esperar. El garrafón y una maceta cayeron al piso. Mi cerebro solo decía: "¡Qué ya pare!" "¡Ya valí madres!"

Los movimientos sísmicos se detuvieron. Un par de palomas saltaron al vuelo de la azotea de un edificio cercano.

Todos tuvimos que bajar; estaba muy nervioso, y aunque el temblor de tierra había terminado, el de mis manos no.

Al bajar por las escaleras me topé con muchos objetos olvidados, entre ellos, un tacón de mujer y un trapo de limpieza.

En la avenida "Reforma" mi amigo Diego improvisaba como brigadista. El terror inicial terminó, pero aún me faltaba el resto del día para asimilar la situación.

Lizeth, Mariana, Rubí y otros compañeros del área de arquitectos estaban en medio del camellón comentando sobre el incidente. Me acerqué a Mariana y a Rubí, quienes aún siguen mis mejores amigas en empresa, solo para incluirme en la conversación.

Nadie sabía que iba a pasar, por aquí y por allá corrían rumores del epicentro, la magnitud, y de los edificios caídos.

Me llegaron mensajes de mi familia y yo a su vez les mandaba mensajes preguntando si estaban bien. Ellos se encontraban perfectamente, pero las cosas a mí alrededor no.

Estuvimos dos horas en medio de la avenida esperando alguna indicación. Olía a gas y la gente solicitaba a los automovilistas no prender el coche.

Me dejaron ir a mi casa temprano. Limpiamos todo lo que se pudo y desconectamos las computadoras antes de partir.

Justo cuando creía que lo peor había terminado, comenzó mi verdadero infierno.

El panorama afuera era terrible. El metrobús no estaba dando servicio y tuve que caminar en medio de filas de gente cabizbaja y ansiosa, personas que parecían zombies atontados.

Los escaparates de algunas tiendas estaban reventados y en la radio solo hablaban del terremoto: "7.1", "Edificios en Tláhuac derrumbados", decían.

Llegué al suburbano pero estaba cerrado, ya no sabía cómo regresar. Al medida que caía la tarde la gente parecía desesperarse más, pues ahora buscaban transporte a como diera lugar. Inmensos grupos se movían a pie, caminando penosamente en medio de la carretera como si de una enorme migración se tratara; otros en cambio preferían amontonarse en camionetas o camiones.

Yo estaba cansado, fastidiado y atontado como los demás. Solo logré salir de todo eso porque el esposo de mi amiga Rubí me acercó lo más que pudo a mi casa.

La rutina de la que tanto me quejé se rompió durante ese día...

Cuautitlán, el lugar donde resido con mi familia, estaba bastante lejos del desastre. Ahí parecía como si nunca hubiera habido terremoto.

A lo largo de los siguientes días, la resaca del terremoto se sintió más que la causada por cualquier botella de tequila. Muchos compañeros no querían ir a trabajar, algunos por miedo y otros porque preferían ir a

ayudar a levantar escombros.

Los grupos de ayuda se movían por las zonas afectadas, llevando comida y apoyando a la gente atrapada bajo los edificios derrumbados. A la par, los medios de comunicación cubrían enormemente el suceso, a veces con seriedad, y a veces con noticias sensacionalistas.

Me sentí muy tonto al ver los vídeos del terremoto donde los edificios se derrumbaban y la gente corría, sobre todo al darme cuenta lo ridículos que resultaban mis problemas al lado de la situación en la que había quedado mucha gente. En realidad yo era muy afortunado... ciertamente, demasiado afortunado...

Escuchar el "Cielito Lindo" de los rescatistas y civiles que luchaban incansablemente por levantar la CDMX casi me hacía llorar.

Después de todo tenía muchas cosas porque agradecer...

¡Y yo que me preocupaba por si iba a encontrar lugar en el comedor, junto a mis amigos!